

CRITERIOS DE LA PRESENTE EDICIÓN

Tras el examen efectuado en las páginas precedentes parece imponerse, como conclusión más importante, que las cuatro versiones del *Buscón* que hoy conocemos deben ser leídas por separado. Son cuatro estratos o fases de una obra, y, como tales, merecen ser conocidos en su integridad. Ni hubo un texto ideal del que hubiesen derivado los otros tres, ni uno de éstos es más auténtico que los restantes. En tales circunstancias la única opción posible es la cuádruple edición, y en ese hecho radica la peculiaridad de la presente monografía.

Se ofrecen las cuatro versiones en el orden que parece haber sido el de su redacción: *S* en primer lugar, a continuación *C*, seguidamente *Z* y, por último, *B*. Como ninguna de esas cuatro versiones está exenta de errores, todas deben ser editadas críticamente, enmendándose sus errores con la ayuda de los otros testimonios y, en alguna ocasión, por conjetura. A tal efecto, cada uno de los cuatro textos va acompañado por su correspondiente aparato crítico, donde se indica la lectura errónea y los testimonios con cuya ayuda se enmienda. En el caso de *Z* se añade, como apéndice final, un segundo aparato que contiene las variantes de *Z*₂ y *Z*₃, pues si bien es cierto que ambas ediciones derivan de la príncipe, contienen variantes de las que es preciso dar noticia.

En la transcripción de los cuatro textos se regulariza el uso de mayúsculas, la acentuación y la puntuación, a la vez que se resuelven las abreviaturas (V. M. se transcribe por “vuestra merced”). Se sigue el habitual criterio de modernizar y unificar las grafías sin valor fonético (“braços”, “passar”, “dixo”, “quando”, “inuidia”, etc.), manteniéndose las que lo tienen. Evidentemente, lo así conservado reflejará en más de un caso rasgos fonéticos y morfológicos ajenos a Quevedo. Sólo sus autógrafos constituyen un documento seguro, pero resultaría arduo tratar de acomodar a ellos los cuatro testimonios en busca de una quimérica homogeneidad. Los autógrafos de Quevedo muestran que éste no carecía de fluctuaciones fonéticas y morfológicas, pero muchas de las que se observan en *S*, *C*, *Z* y *B* son ajenas a él, propias de copistas y componedores. Lo cierto es que resulta difícil decidir ante casos como “zanahoria / zaanoria”, “berenjenas / brenjenas”, “arbitrio / adbitro”, “ceñidor / ciñidor”, “entendí que hablaba / entendí hablaba” lo que no es suyo. Por ello, estas normas generales de transcripción se completan con algunas observaciones particulares sobre los específicos supuestos que plantea cada uno de los testimonios. Nada se sabe de la procedencia geográfica de los copistas, ni de la época en que llevaron a cabo su tarea, ni cuántos testimonios se interponen en cada caso con respecto al original de Quevedo, de ma-

nera que es difícil decidir que grado de desfiguración de su lengua se produjo en cada versión, incluso si su contenido semántico se mantuvo intacto.

Mención aparte debe hacerse respecto de la puntuación. Se ha unificado la de los cuatro textos allí donde éstos coinciden en todos los aspectos sintácticos; cuando no ocurre así, hecho bastante frecuente, se ha procurado mantener la mayor homogeneidad posible. Hemos tenido en cuenta la puntuación de los editores anteriores del *Buscón*, y, partiendo de sus experiencias, hemos tratado de clarificarla y afinarla al máximo, especialmente en todo lo que atañe a ciertos enlaces oracionales, incisos y oraciones consecutivas, tan desigualmente tratados por quienes nos han precedido en la tarea.

Aclarados así los criterios generales de transcripción, cumple añadir los que se han seguido en cada caso concreto:

Versión S

Se enmiendan, en ocasiones indicándolo en el aparato, usos como “instanti” (ff. 33, 34v), “dumían” (f. 13v), “Theolujia” (f. 20). El cotejo con las demás versiones del *Buscón*, con otras obras estilísticamente próximas (*Sueños y discursos*, *Discurso de todos los diablos*, *La Fortuna con seso*) y con los autógrafos de Quedo sugiere que estas formas, vulgarismos algunas de ellas, parecen ajenas a su lengua.

Se mantienen “esploradores”, “estremos”, “estremada”, “estrañas” y “güerta”.

Ordinariamente, el copista marca la “ñ” con una especie de punto o tilde sobre la grafía “n”, aunque a veces no lo hace: “companeros” (f. 43), “manana” (f. 43v), etc. Se regularizan todas estas situaciones.

Se transcriben como “rr” todos aquellos casos en que el copista escribe como “r” simple la que, fonética y fonológicamente es múltiple, como en “jaros” (f. 27v), “aremetio” (f. 32v), “heramienta” (f. 33) y similares.

Se regularizan casos como “humillde” (f. 36v) y “mill” (f. 1v), donde la lateral implosiva carece de implicaciones fonéticas.

Se transcriben con -ll casos como “galina” (f. 30) y similares.

Por último, hay que indicar que se ha respetado el irregular encabezamiento de los capítulos, que, a partir del 17, carecen de epígrafe y sólo hacen constar el número de orden.

Versión C

Se transcribe “j” la “g” de “monga” (por ejemplo, ff. 26, 100v, 102v, 103 y 106).

Se transcriben con doble vibrante casos como “ariua” (ff. 107 y 110), “here-rias” (f. 108v), “corillos” (f. 104v) y “puero” (f. 54).

Se emplea la grafía “ñ” cuando así lo exige el sentido, dado que el copista no pone tilde sobre la “n” (así, “rapina”, (f. 70v), “canones” (f. 108v)

Se transcribe como “guante” la forma “huante” (ff. 58v y 105).

Se regulariza silenciosamente la duplicación de la vocal —e en casos como

“quee” (ff. 60, 763, 86v, 88 y 99), “callee” (f. 76), “madree” (f. 87), “vureeo” (f. 82v), “reçiuieronmee” (f. 85), “ueer” (f. 89), “heechamos” (f. 91), “aqueel” (f. 102), “nueeuas” (f. 104) y “vureeo” (f. 82v). Se regulariza igualmente la duplicación de —l en casos como “collegiales”, “callidad” (79v) y similares.

Se transcribe “sant” como “san” (ff. 75v, 76, 88v y 97v).

La obediencia a los criterios generales de transcripción obliga a respetar formas y pronunciaciones de dudosa naturaleza quevediana, como “metad”, “pedricar”, “apunteria”, “conquiridora”, “embension” “arremiti” y “escrebia”. Menos dudas ofrecen “aduitro” y “aduitrio” (‘arbitrio’), voz que aparece en algunos manuscritos de *Panegírico a la majestad de Felipe IV*.

El manuscrito presenta un buen número de tachaduras y sobreescritos (ff. 3, 8, 10, 11, 12, 15, 16, 17, 18, 19, 20, 26, 45, 53, 55, 56, 61, 62, 68, 70, 93, 94 o 105), así como varios añadidos al margen (véanse ff. 5, 11, 17, 18, 35, 38, 54, 84 o 87). Se mencionan en el aparato tales correcciones cuando plantean dudas o arrojan información pertinente para el establecimiento del texto.

Hemos renunciado a enmendar pasajes que, siendo legibles, presentan una redacción algo confusa. Aunque en tales casos se puede suponer que hubo algún error del copista, no parece aconsejable “mejorar” el texto para aproximarlos a *S*, *Z* o *B*. Es el mismo criterio que se ha seguido en la transcripción de *S* ante situaciones análogas.

Como en el caso de *S*, se mantienen los irregulares encabezamientos y títulos de los capítulos.

Versión Z

Frente a las otras tres versiones, manifiesta una clara tendencia a la elisión de preposiciones y conjunciones en casos como “Se corría le llamasen así” (f.1), “que no es mucho tenga mala condición” (f. 18), “pidieron se leyese la premática” (f. 38), “que entendí hablaba conmigo” (f. 38v), “en casa un aguador”(f. 45v), “por parte mi estómago (f. 60v) y similares. Mantenemos este rasgo.

Versión B

Se precinde de las duplicaciones, irregularmente mantenidas, de —i en casos como “oiia” (f. 3v), “oii” (f. 7v), “reiiase” (ff. 27v), “reiir” (f. 33v), “trayia” (f. 35v), “traiaa” (f. 122v), “veiaa” (f. 206), “oiia” (3,5) y “caiaa” (f. 162). Se resuelven la contracción “porquel”, y se regularizan los usos de “tan bien” frente a “tambien” (ff. 53, 63, 64v, 72v, 147 y 194), “a Dios” y “adiós”, y “hierro” y “yerro”. No se toman en cuenta ciertas pequeñas discrepancias entre los reclamos y la palabra inicial del folio siguiente, ni se da noticia de algunas tachaduras y correcciones, como las que se encuentran en los folios 66v, 123v, 149 y 214.

El aparato crítico

Complemento necesario de cada una de las cuatro versiones es su aparato crítico, en el cual se informa de las enmiendas introducidas en el texto y, cuando el

caso lo requiere, se justifican las decisiones adoptadas. El aparato es, predominantemente, positivo, como se observa en los ejemplos que siguen:

barbas] *SCB* // babas *Z*
escarrar] *B* // descarrar *S* // escarbar *CZ*
dos] *CZ* // los *S*

Indico en primer lugar el testimonio o los testimonios que poseen la lectura adoptada, y, luego, la que ha sido objeto de enmienda. Ordinariamente, los errores son privativos de cada testimonio; los compartidos, habitualmente, son sencillos errores poligenéticos. Cuando la enmienda salva un error obvio no ha parecido necesario indicar la lectura correcta de los otros testimonios. Por último, debo señalar que se ha mantenido la ortografía del original cuando se reproduce un solo testimonio y se ha modernizado en los demás casos, procediendo con un criterio flexible en ciertas situaciones.

1. Propósito

Se conocen cuatro versiones del *Buscón*, una impresa (en adelante, Z) y tres manuscritas (respectivamente S, C y B). La presente monografía ofrece la edición de cada una de ellas, realizadas de acuerdo con el planteamiento teórico del estudio preliminar. Cuatro ediciones, pues, subordinadas al objetivo de ofrecer una visión unitaria de los problemas textuales que plantea el relato quevediano, uno y vario, probable reflejo de la voluntad de un autor que quiso enriquecer algunos aspectos de su relato a la vez que acusó el impacto de presiones o temores que lo llevaron por un zigzagueante camino de autocensura. El manejo íntegro de los cuatro textos, cada uno con su propio aparato crítico, permitirá abrir nuevos horizontes a los investigadores, pues hay sólidas razones para creer que en el caso de esta obra no existe ni un *codex optimus* ni un texto ideal, sino un proceso redaccional complejo. Ante tal situación, el primer paso debe consistir en poner al servicio de los investigadores el conjunto de los datos. A ello aspira este libro, con un planteamiento distinto de los habituales aunque no completamente inédito, ya que en 1953 Rodríguez Moñino transcribió a cuatro columnas el capítulo inicial del *Buscón* para poner de relieve las diferencias existentes entre las respectivas versiones. Aquí nos proponemos, además de reproducirlas íntegramente, pasar de la mera transcripción al ámbito de las ediciones críticas.

En la dilatada bibliografía de Quevedo menudean las obras con pluralidad de versiones. Muchos sonetos presentan una tupida red de variantes de autor. La colección de silvas fue objeto de una compleja reelaboración, que afectó tanto a la revisión de los poemas como a la estructuración del conjunto. Algo parecido ocurrió, dentro de la poesía religiosa, con el tránsito desde *Heráclito cristiano* a *Lágrimas de un penitente*. De *Cuento de cuentos* existen dos versiones que modifican sustancialmente los personajes y la peripecia argumental. Los *Sueños* ofrecen varias etapas redaccionales, de complicada delimitación, plasmadas en títulos diferentes. Existen tres redacciones de *Grandes anales de quince días*, todas de indiscutible autoría quevediana. *Doctrina moral* dio paso a *La cuna y la sepultura*, nuevo título que coincide con otros matices morales, algunos cambios lingüísticos y la adición de un nuevo capítulo que reorienta ideológicamente el material precedente. *Discurso de todos los diablos* se transformó en *El peor escondrijo de la muerte*, con dos pasajes presumiblemente modificados por Quevedo en busca de un texto más inocuo, y, posteriormente, en *El entremetido, la dueña y el soplón*, donde, al lado de multitud de variantes paliativas inducidas por la censura, aparecen nuevos pasajes de cuya autoría quevediana no cabe dudar. Junto a estos

ejemplos de inequívoca reelaboración a cargo de Quevedo, otras obras suyas presentan una compleja amalgama de variantes de autor, interpolaciones de imprecisa autoría y errores de copia, en las cuales también es necesario discernir las diferentes fases o estratos. El caso de Quevedo es análogo al de escritores como Ariosto, Tasso, Foscolo o Manzoni, varias de cuyas obras constituyen ejemplos paradigmáticos de transmisión con variantes de autor, las cuales demandan una metodología ecdótica peculiar, tal como han puesto de relieve varios representantes de la escuela italiana de filología¹.

Con tal *usus scribendi* por parte de Quevedo parece prudente no descartar la hipótesis de que el *Buscón* hubiera conocido un proceso similar al de cualquiera de las obras suyas anteriormente mencionadas. En consecuencia, conviene divulgar en su integridad las cuatro versiones del célebre relato picaresco, único medio de que los especialistas ahonden en la transmisión textual de este complejo libro, cuyos enigmas no han resuelto plenamente los estudios habidos hasta la fecha. Las abundantes lecturas equipolentes que presentan *S*, *C*, *Z* y *B*, varias de las cuales encierran una visible elaboración estilística, narrativa o ideológica, obligan a contemplar la hipótesis de que hubo una repetida revisión del *Buscón*, se debiese o no en su totalidad al autor. El primer paso para situar correctamente los problemas consiste en editar separadamente esos cuatro estratos y poner al descubierto todas las implicaciones que encierran.

Cuando Lázaro Carreter presentó su texto crítico del *Buscón* consideró pertinente acompañarlo, en la parte inferior de la página, de la transcripción del manuscrito *B*. Lo que en su ánimo era sólo un complemento al trabajo realizado² acabó, con el paso de los años, por convertirse en su aportación más duradera sobre el *Buscón*, pues los investigadores que vinieron después han convertido en principal lo previsto como accesorio. Esta llamativa inversión en la escala de preferencias (que ha hecho de *B* un *textus receptus* con argumentos no siempre claros) pone de relieve la fecundidad que tiene para los estudios filológicos la completa exposición de los hechos, más decisivos, a la larga, que las interpretaciones que promueven. Lo acaecido con el manuscrito *B* anima a divulgar los otros testimonios, mucho menos atendidos. Sólo en fecha muy reciente (2005) se ha editado el manuscrito *S*, y debe hacerse lo propio con el muy desconocido manuscrito *C*, accesible en la Real Academia de la Lengua pero con muchos folios de difícil lectura a causa del deterioro provocado por la humedad. También ha llegado el momento de reivindicar la edición príncipe, injustamente olvidada desde hace medio siglo y considerada, contra toda evidencia, como espúrea. Nuevos datos abren nuevas perspectivas, y con unos

¹ Dentro de la literatura española del Siglo de Oro Mateo Alemán y Calderón constituyen dos ejemplos de escritores cuyas obras han llegado a nosotros con abundantes variantes de autor, cuya identificación y valoración plantea problemas interpretativos de diversa índole.

² Lo justificó en estos términos: "Facilitamos así su lectura de corrido y damos cumplimiento al dictamen del señor Rodríguez Moñino: «A nuestro entender, merece ser impreso en su integridad»" [1965:LXXVIII].

y otras cabe ofrecer una nueva reflexión. Tal es el objetivo de esta monografía.

Los principios teóricos que la inspiran están contenidos en diversos estudios sobre los problemas textuales del *Buscón* que vengo publicando desde 1993, todos los cuales aparecen recogidos en la correspondiente bibliografía. La edición de los textos la he llevado a cabo en colaboración con Ana García Fuentes (versión *S*), Santiago Díaz Lage (versión *C*), Rosario López Sutilo (versión *Z* y variantes de las ediciones *Z*₂ y *Z*₃) y Javier López Quintáns (versión *B*).

2. Estado de la cuestión

Suele afirmarse que el *Buscón* gozó de una extensa difusión manuscrita, pero, como ésta no dejó trazas, nada es posible decir acerca de la misma. Los tres manuscritos de que disponemos sólo han sido tenidos en cuenta por investigadores de nuestros días, pues no parece que sus lecturas privativas hubiesen pasado a las ediciones impresas en el siglo XVII³. Tampoco hay indicios de que el *Buscón* hubiese gozado de la menor popularidad antes de ser impreso en 1626, pues las huellas que dejó en otros autores son, como señaló Chevalier [1992], tardías. Las ediciones de los siglos XVII y XVIII se remontan, directa o indirectamente, a la príncipe, impresa en Zaragoza en 1626 (*Z*)⁴. Probablemente una filiación detenida de todas las ediciones del *Buscón* de los siglos XVII y XVIII no arrojará hallazgos sorprendentes, pero aun así este relato merece un estudio bibliográfico y una filiación de impresos como las realizadas en su día con *Política de Dios*, *Virtud militante* y *El Parnaso Español*.

El *Buscón* ha sido impreso en numerosas ocasiones durante los últimos años, en respuesta a una fuerte demanda escolar y comercial. Son relativamente abundantes las ediciones anotadas, algunas de ellas muy valiosas, pero pocas se ocupan de sus problemas textuales, y aún son menos las que ofrecen un aparato crítico, tarea, por otra parte, muy compleja tratándose de un texto cuyos testimonios ofrecen numerosas variantes, algunas de las cuales no son de naturaleza estrictamente lingüística, pues atañen a la estructura externa de la obra.

³ Lázaro Carreter sugirió que algunas lecciones de los manuscritos se transmitieron a la edición de 1628, pero no ofreció ningún ejemplo. Salvo excepciones poco significativas, las variantes que presentan la segunda edición de 1626 (*Z*₂) y la de 1628 (*Z*₃) no coinciden con las de *S*, *C* o *B*. Según Roig Miranda [2003:249], la traducción francesa de la Geneste de 1633 (*l'Aventurier Buscon, histoire facécieuse*) pudo haber tenido en cuenta algunas lecturas de *B*.

⁴ Según Robert Selden Rose [1927:29], las ocho ediciones anteriores a 1645 —año de la muerte de Quevedo— se dividen en dos grupos, basados, en todo caso, en *Z*: “El primer grupo incluye Madrid, 1626; Lisboa, 1632; Barcelona, 1626; Barcelona, 1627; Valencia, 1627; Rouen, 1629 y Pamplona, 1631. El segundo grupo, Zaragoza 1628 y Pamplona, 1631”. También hizo ver Rose que la edición de Zaragoza 1628 presenta “muchas correcciones y enmiendas” [1927:28], las cuales reaparecían en la edición del *Buscón* impresa dentro de la colección *Enseñanza entretenida y donairoso moralidad* (1648), que sería el modelo de las posteriores. Más adelante matizaré algunas de las filiaciones establecidas por Rose.

En 1852 Fernández-Guerra realizó la primera edición filológica del *Buscón*, reproduciendo el texto de Z e indicando las principales variantes de las ediciones de Rouen 1626, Pamplona 1631, Madrid 1648 y Bruselas 1660, con cuya asistencia introdujo algunas enmiendas. En 1911 Américo Castro llevó a cabo una edición⁵ de características parecidas, enmendando a Z con la ayuda de Z₃, Barcelona 1626 y Lisboa 1632. En 1917 Foulché-Delbosc utilizó como texto base de su edición a Z, enmendada en esta ocasión con variantes procedentes del manuscrito B, que él consideraba —sin conocerlo en su integridad— “le texte inalteré de Quevedo” [1917:IX]. En 1927, Américo Castro, anulando su edición de 1911, ofreció una transcripción del recién descubierto manuscrito S, aunque se apartó del mismo en numerosos puntos para seguir —a menudo sin indicarlo— a Z. También Rose⁶ adoptó como texto base Z, que prefirió al manuscrito B por parecerle que éste ofrecía una versión primitiva, entendiendo por tal más irreverente, con una exuberancia típicamente juvenil y con algunos pasajes imperfectos [1927:24 y 30]. Ahí nació la hipótesis del carácter temprano de B. No muy diferente fue, en 1932, el criterio editorial de Astrana Marín. Éste aseguró [1932. *Prosa*:69] “seguir con preferencia” B (que parece haber considerado la versión primitiva), pero en la práctica reprodujo más frecuentemente Z'. En 1958 Felicidad Buendía editó Z, anotando algunas variantes de S.

En general, el texto base de esas siete ediciones es Z, si bien Foulché-Delbosc, Castro (en su edición de 1927), Rose y Astrana incluyeron lecturas de otras versiones, no siempre con la necesaria indicación.

Lázaro Carreter fue el primer investigador en la historia crítica del *Buscón* que tuvo en sus manos las cuatro versiones. Aceptó la tesis de Rose acerca de la anterioridad de B⁸, pero rechazó de plano la eventualidad de que Quevedo hubiese retocado el *Buscón* más de una vez. Partiendo de tales premisas, publicó en 1965 su reconstrucción del arquetipo X⁹, del que habrían derivado C, S y Z, testimonios

⁵ Reimpresión, sin aparato erudito, en 1917.

⁶ “Faltando el manuscrito original autógrafo de Quevedo, tomamos por base de la edición crítica la primera de Zaragoza, 1626. Como sólo las ediciones de Zaragoza de 1626 y 1628 ofrecen interés, hemos anotado muy pocas variantes de las otras” [1927:29].

⁷ Así lo sugiere la preferencia por el destinatario “señor”, “cuya forma definitiva conservamos” [1932 *Prosa*:69]. Por otra parte, Astrana antepone al título, *Historia de la vida del Buscón*, dos fechas: “1610” y “1625”. La primera correspondería al manuscrito B; la segunda, a la edición príncipe.

⁸ Según Rose, muchas de las lecturas singulares de B “adolecen de una exuberancia típica del estilo juvenil de Quevedo, y que un juicio más maduro las halló indignas de ser incluidas en la versión impresa” [1927:24]. Para Lázaro Carreter, “Una simple lectura de B evidencia un ímpetu, una lozanía, un desparpajo juveniles que, en determinados puntos, fueron relativamente frenados después” [1965:XLIX-XL]. En uno y otro crítico resuenan ecos de Alonso Cortés [1918:28], quien, sin referirse a ninguna versión específica, había escrito: “el *Buscón* es la obra de un mozo inexperto que está haciendo sus pinitos literarios, que ha leído el *Lazarillo* [...] toma la pluma y se pone a imitarla. Y como, aunque mozo, tiene ingenio y donosura, los desparrama aquí y allá en abundancia”.

⁹ “Es la primera edición de un clásico castellano hecha por un filólogo español con aplicación exacta del método [neolachmanniano] que acabamos de exponer”, afirmó Oreste Macrí [1969:39], tras lo cual añadió: “No entramos en el mérito de las opciones del editor” [1969:41].

ya corrompidos¹⁰. Como complemento de su texto crítico, transcribió paleográficamente el manuscrito *B* en aparato a pie de página, el cual, en su opinión, constituía una versión temprana que Quevedo había terminado desechando.

La vida del Buscón de Lázaro Carreter — su reconstrucción del arquetipo *X* — fue el *textus receptus* durante una veintena de años, reproducido por todas las ediciones escolares y eruditas que vieron la luz en ese tiempo. Desde la perspectiva de hoy, 2007, la aportación más duradera del ilustre filólogo parece haber sido, paradójicamente, lo que él concibió como simple complemento, es decir, su transcripción de *B*, guía y referencia de las que vinieron después¹¹.

En efecto, en los últimos años parece haberse abierto una nueva etapa en la historia del *Buscón*, caracterizada por un visible olvido de la edición crítica antes mencionada y una generalizada preferencia por el manuscrito *B*, la nueva vulgata¹². Tal predilección ha sido justificada desde variados criterios: para Edmond Cros [1988:72-81] representa la segunda y última redacción, para Pablo Jauralde [1987-1988] y [1991:26-32] la única, para Fernando Cabo [1993:51] es “el más seguro y coherente de los testimonios”, para Ignacio Arellano [1997:46] responde “al más reciente estado de la cuestión”, para Victoriano Roncero [1999:23] es la versión última y para Milagros Rodríguez [2001:60] “responde mejor que ningún otro a la concepción última de la obra por parte del autor”. Este cambio de actitud no siempre ha implicado un examen del problema textual del *Buscón*, pues apenas se ha revisado el método crítico de Lázaro Carreter, sobre el cual es preciso pronunciarse antes de emprender una investigación que marche por un derrotero diferente. Además, siguen sin tomarse suficientemente en consideración las otras versiones del *Buscón*, pues es preciso prestar más atención a *C* (nunca editada), y a *Z*, infravalorada. En cuanto a *S*, hay que decir que fue editada muy imperfectamente por Américo Castro en 1627, y sólo en 2005 ha aparecido una edición con más garantías. Como a una edición crítica la caracteriza, además del texto, su justificación y el aparato que lo acompaña, se precisa también un nuevo examen de las variantes y otra filiación de *S*, *C*, *Z* y *B*. De este modo se soslayaría una limitación habitual en los estudios textuales sobre el *Buscón*: comparar la versión *B* con el arquetipo *X* de Lázaro Carreter y no con las versiones *S*, *C* y *Z*, operación que no ofrece una pintura fiel de la realidad. Si no se considera satisfactorio el método seguido en 1965, y parece haber un acuerdo generalizado en este punto, no queda más remedio que iniciar la tarea desde otras premisas, pues

¹⁰ «Del original primitivo, saldrían uno o varios apógrafos; de éstos, innumerables líneas de transmisión, que se cruzarían en abundantes puntos. No resulta difícil imaginar a uno, a varios lectores curiosos, procurándose dos o más copias para recomponer puntos ininteligibles, y obtener una nueva, más “perfecta” en su sentir» [1965:LXXI]; para otros matices, véase [1965: LXXLLL].

¹¹ Discrepando de Edmond Cros y F. Cabo Aseguinolaza, Lázaro Carreter [2002] ha reiterado que *B* refleja una redacción temprana, que él entiende como anterior al arquetipo [*X*], fundamento de su edición crítica.

¹² Constituye una excepción la edición de Barry Ife [1977], quien reproduce, enfrentados a dos columnas, los textos de *Z* y *B*.

no es posible rescatar las nociones de *codex optimus* o *bon manuscrit* para seguir dejando en la penumbra los demás testimonios¹³.

En mi replanteamiento crítico del *Buscón* no puedo ocultar mi radical disidencia de algunos trabajos y mi mayor cercanía a otros, pero de todos me siento deudor y a todos expreso mi reconocimiento, pues la experiencia enseña que de un error se puede aprender tanto como de un acierto. En ninguno de los trabajos que he tenido en cuenta falta, como mínimo, una transcripción, un dato, una enmienda, un criterio, una nota o una lectura útiles para el investigador que viene detrás. El presente estudio, animado por el respeto a los precedentes, aspira, sobre todo, a llamar la atención sobre hechos insuficientemente atendidos y a erradicar algunos prejuicios que siguen pesando a la hora de abordar la transmisión de las obras de Quevedo.

3. Las variantes redaccionales

Conviene iniciar el estudio textual del *Buscón* estableciendo una clara distinción entre variantes de copista, variantes redaccionales y variantes de autor¹⁴. Considero *variantes de copista* los errores introducidos involuntariamente en el proceso de copia y los cambios debidos al malogrado propósito de subsanar un error; entiendo por *variantes redaccionales* las introducidas deliberadamente para modificar el texto, y por *variantes de autor* las variantes redaccionales debidas al responsable de la obra. Adelantando parte de mis conclusiones, diré que las más numerosas e importantes de las variantes que presentan *S*, *C*, *Z* y *B* son redaccionales, no de copista. Y la hipótesis que trato de hacer valer es que esas variantes redaccionales son atribuibles a Quevedo.

Las cuatro versiones¹⁵ ofrecen un número relativamente pequeño de variantes de copista y un número mucho más elevado de variantes redaccionales, es decir, de cambios conscientes y meditados, en la expresión y en el conteni-

¹³ Tampoco parece posible una edición sinóptica, dado que el elevado número de variantes la haría confusa y de imposible manejo. Tal vez la magnitud de la tarea impidió a Barry Ife seguir un criterio uniforme en su intento, más modesto, de editar a doble columna la príncipe y el manuscrito *B*, con algunas correcciones de *C* y *S*. Desde el comienzo de su monografía, tan interesante en otros aspectos, se percibe la tendencia a la taracea, pues Ife: 1) titula la obra *La vida del Buscón llamado don Pablos*, rótulo que no figura en ningún testimonio, sino en el texto crítico de Lázaro Carreter; 2) reproduce el prólogo “al lector” de la príncipe, pero no hace lo propio con otros preliminares de la misma, como la décima “De Luciano a Quevedo”; 3) incluye la “Carta dedicatoria”, privativa de *S* y *C*.

¹⁴ Aunque estas nociones han sido suficientemente desarrolladas por Brambilla Ageno [1975:188-92], no es impropio recalcar sus diferencias, sobre todo entre la más general de *variante redaccional* y la más concreta de *variante de autor*. En otro trabajo, Rey [2000], traté de aplicar estos conceptos a los textos de Quevedo.

¹⁵ No considero versiones dos ediciones que, derivando de la príncipe, ofrecen un buen número de variantes con respecto a ésta: la segunda de Zaragoza 1626 (*Z*₂) y la de Zaragoza 1628 (*Z*₃). A ellas me referiré más adelante.

do. Es difícil creer que éstos procedan de los mismos copistas o cajistas que, por aquí y por allá, iban incurriendo en deslices. Tales cambios, pues, son anteriores al proceso de copia y emanan de otra instancia; es decir, el copista que cometió los errores ya tenía delante de sus ojos esas variantes redaccionales que se limitó a transcribir. Dichas variantes proceden, o de Quevedo, o de alguien que se sintió dueño del texto y con la capacidad de alterarlo. En este segundo caso habría que hablar, por lo tanto, de cuatro manos, una por versión.

Estas variantes redaccionales afectan a los más variados aspectos: el título de la obra, los epígrafes de cada capítulo, la división en libros, el índice, el narratario, las descripciones de personajes, episodios menores y numerosos matices estilísticos. Como se puede comprobar en los ejemplos que recojo más adelante, los cuatro testimonios ofrecen un apreciable número de lecturas discrepantes, y ante tales divergencias no es posible hablar de deturpación, ni decidir que sólo una de las lecturas es la correcta. Se distinguen, por su naturaleza y grado de elaboración, de las variantes de copia¹⁶, que, en el caso de la obra que nos ocupa, suelen ser sencillos errores, fáciles de explicar y, con la ayuda de los otros testimonios, de subsanar¹⁷. En tales variantes redaccionales reside el problema textual del *Buscón*, pues hay que decidir si se deben o no a Quevedo. Si la respuesta es negativa, se hace necesario explicar cómo y quién o quiénes las introdujeron; si la respuesta es afirmativa, surge de inmediato una segunda pregunta: ¿en qué orden se sucedieron?

Ofrezco a continuación una pequeña muestra de tales variantes redaccionales, limitándome, para comodidad del lector, a las que abarcan solamente palabras o frases cortas. Algunas se limitan a pequeños cambios de estilo, mientras que otras afectan a aspectos relacionados con la narración, las descripciones y el diálogo, de manera que presuponen un conocimiento detallado del contexto narrativo. Nada permite suponer que nos encontramos ante una o varias manos que, al capricho, van salpicando el texto quevediano de interpolaciones gratuitas. Obedecen a un designio. Como se puede comprobar, tales variantes aparecen a lo largo de toda la obra:

¹⁶ Las lecturas divergentes de las cuatro versiones del *Buscón* son análogas, por su intencionalidad y elaboración literaria, a las variantes de autor del *Guzmán*, y muy diferentes de las simples variantes de copia que ofrecen las cuatro ediciones del *Lazarillo*. Para una muestra de esas dos clases de variantes en dichos relatos picarescos véase Francisco Rico [1970:CLXXII-CLXXIX] y [1987:139-46], respectivamente, así como la edición trilinear del *Lazarillo* a cargo de Ricapito [1987].

¹⁷ La edición crítica de Lázaro Carreter, en su aparato crítico, pone en el mismo nivel cuidadosas reelaboraciones y simples errores, atribuyendo unos y otros a los copistas, como si éstos fuesen simultáneamente capaces de inventiva literaria y de torpeza gramatical.